

En la consulta del doctor Winnicott

Felipe MARTÍN MARÍN

Hay bibliotecas que no guardan los libros, sino que los secuestran. Cuanto más grandes son, y presuntamente más utilidad debería haber en ellas, más se acentúa su parecido con castillos o prisiones. La mejor de nuestras bibliotecas, la General, tiene guardia a la entrada y acceso revirado y angostado. Pero hace muchos años ya que se dotó de mostrador, reglas estrictas, empleados que las hacen respetar, y esa muralla gris y metálica, ahora en versión para Windows, a la que denominan catálogo. Lo más exacto que figura en sus fichas, los centímetros y el número de páginas, es lo más irrelevante. ¿Dónde, en qué página no mostrada, en qué capítulo escondido, ha de prender la curiosidad del lector, si no se le permite ojear y hojear? Y si, ya escarmentados, llevamos el título y el autor preparado desde casa, el carceleiro nos responde: “no prestable”.

En las librerías el libro se toca y se pesa según rutinas que uno ha depurado. Si es novela, la primera página y la breve sinopsis que viene en la solapa o en contraportada. En lo demás, hará falta inspeccionar el sumario y realizar varias catas en el texto. Así es como uno mide lo que el libro promete, y se previene de chascos ya sufridos: de los que escriben “a la americana”, con aparente facilidad de lectura, pero sin hilo conductor argumental; de los que se ahogan en sus datos y citas; de los que engordan la materia como si hubieran prometido al editor el triple de páginas de las que podrían escribir.

125

El librero ha dispuesto sus estanterías para facilitar nuestro ojeo. No siempre es así. Una librería pequeña, pero grande en fama y simpatía, ha cometido un desatino tras un reciente “traslado de local”, que entrecomillo por lo que tuvo de exilio forzado. Pero no fue culpa de los bárbaros que los pasillos del altillo sean tan estrechos que obligan a contorsionarse para mirar en cualquier balda que no esté al nivel de nuestras narices.

Todo criterio de clasificación es discutible, y cada experto le podrá enmendar la plana en su materia a nuestro librero, que sabe de todo un poco y de nada todo. Nuestra librería es predecible en la disposición de los libros, y más sensata que la CDU. La costumbre acabará por hacernos sentir cómodos.

Llega el otoño y se ponen las barracas donde se venden los libros viejos. Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, la llaman. Libros usados, y saldos, en realidad. Libros amarillos como las hojas que hay ya por el suelo, con ese atractivo ¿enfermizo? que encontramos en lo caduco. Libros, por viejos, novedosos, porque están fuera de las modas, de los flujos de distribución de las editoriales, orquestados por los suplementos culturales, los premios literarios, las entrevistas en televisión. Lo que vemos es el poso de muchos años. Pero ¿con qué cedazo se ha filtrado? Los libros que encontramos, ¿son los que no se vendieron en tiradas sobredimensionadas? ¿O los que se venden siempre? Y los que no están, ¿se vendieron todos o se impri-

mieron pocos? Sea como sea, nos sirven para caer en la cuenta, por contraste, que las librerías que conocemos se parecen demasiado entre ellas, que la novedad —renovación de stocks— está planificada, que la compra —presunta libertad de elección en la democracia del mercado— está inducida.

En la Feria nos comportamos con codicia mal contenida: las oportunidades son efímeras; el mostrador donde se exhiben, corto y abarrotado; y lo que uno ha visto es una gema cuyo valor tememos que se sepa, o que podría perderse de nuevo, por once meses o para siempre, en la oscuridad de algún almacén, si uno no la rescata antes para sí.

No es raro volver a casa con media docena de libros, y repetir la rebusca días después. Y al final de la Feria, el botín es cuantioso.

¿El precio? Sí, claro. Se comparan precios y calidades, para eso hemos venido aquí. Pero no por ser un libro de menos de tres euros, un poco ajado, va a entrar acomplejado entre dos relucientes y recientes ediciones de tapa dura que multiplican su precio muchas veces. Cada libro llega a nuestra casa nimbado con una aureola intrínseca, con un valor de inventario que no depende del mercado, sino de la ayuda que nos presta en nuestro viaje a través del mundo y del conocimiento interior. Doble viaje simultáneo, que es el que se hace a través de los libros. Y él nos va indicando cuáles siguen siendo valiosos, cuáles cumplieron un servicio, y cuáles necesitamos para mañana.

126

¿Cuando se leerán? Eso no importa. Hay que tenerlos a mano, poder acudir a ellos —biblioteca de verdad— a última hora de la noche, en cualquier momento del fin de semana. Tenerlos. El libro que se ha leído varias veces, y el que todavía no se ha empezado, o tuvo un arranque fallido. Los que pertenecen a un tema perseguido por muchos años, y ya abandonado, y los que apuntan a una incipiente obsesión.

Muy pocos son los libros que he despachado de mi casa. Todos los que entran lo son ya, casi seguro, de por vida, por más que yo vaya mudando mi estimación de cada uno. Uno se entretiene con ellos, les compra estanterías, los mueve, los reordena. Al cabo de años de muchos intentos comprendo que los sistemas de clasificación son infinitos, como todos los órdenes posibles del mundo que reflejan, y que la mejor disposición es la más sencilla, la que deja a nuestra imaginación la elaboración en cada momento de los trayectos posibles entre ellos. ¿Napoleón?, se me ocurre. Y a velocidad humana, uno va hilando una respuesta que ensarta libros como cuentas de un rosario: Conan Doyle, Patrick Rambdaud, Stefan Zweig, John Keegan, Tolstoi, Stendhal, ... Respuesta inexacta para una computadora, porque ninguno de los libros de los que me voy acordando es Napoleón, sino un trozo de mi biblioteca-mundo que lo contiene, en el que tan reales son la ficción como la historia rigurosa. ¿Qué es Napoleón, a fin de cuentas, si nadie lo contempla ya? Sólo un montón de libros que hablan de él, y la posibilidad de un lector que los lea.

—Todo eso —me dice Vd.—, no es más que envidia que Vd. tiene de los bibliotecarios. Vaya Vd. a ver a un médico que cure su alma.

Y así es como me veo empujado a la consulta del Dr. Winnicott, famoso por haber desentrañado el síndrome de Borges. Tras muchas horas de confesión en el diván del psicoanalista, me

fue revelado que la fuerza que me impedía salir de una librería, de cualquier librería, sin pasar antes por la caja con al menos un libro en la mano, no era otra que el miedo, todavía latente, a ser descubierto con las decenas de libros robados en mis años mozos. Ahondando en mi pasión por acaparar libros reencontré el pecho de mi madre, una imagen paterna con un libro en la mano y una infancia escasa en ellos. Abrevio la lista de los que me sedujeron: sería corta y no mencionaría ningún título extraordinario. Crearon la necesidad, pero no le dieron satisfacción. Hubiera sido preferible, de no tenerlos todos, no tener ninguno, me dijo el doctor.

Debo referir también un *lapsus linguae* que surgió una tarde en la que el Dr. Winnicott me invitó a explorar su biblioteca para provocar asociaciones imprevistas. Recordaba yo, entre los libros de mi infancia, uno al que me veía abocado cada pocos meses a intentar leer de nuevo, con desesperación, sin conseguirlo nunca, cada vez que terminaba la cíclica relectura de los siete u ocho que estaban a mi alcance. Era, le dije al doctor, *Del sentimiento trágico de la angustia*, de Kierkegaard. Ese libro, me dijo el doctor, no existe, y profundizando en el recuerdo asomaron las imágenes de dos volúmenes de la Colección Austral, uno en verde y otro en azul, que debían corresponder a *Del sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno, y a *La angustia*, de Kierkegaard. Me volvió a hacer notar el Dr. Winnicott que no podían tener colores diferentes, que la Colección Austral asignaba el verde a los ensayos y el azul a la ficción. Fue así como se precisó un tercer libro, *Niebla*, de Unamuno, que debía ser azul, puesto que era una novela, o nivola. De los traumas que se derivaron de este mal encuentro reiterado con tres libros malhallados, no hablaré. Sólo decir que no hubieran ocurrido si los otros libros, los que releía furiosamente una y otra vez, hubieran sido suficientes.

Por eso entiendan Vds. mi reclamo: una biblioteca en cada casa, y un libro nuevo en ella cada semana.